

LA JOTA ARAGONESA

Entre algunos conspicuos folkloristas existe la creencia de que, en el baile popular de la región aragonesa, se hallan vestigios legados por sus primitivos dominadores. Es más: el erudito D. Serafín Estébanez Calderón, cree encontrar en la «jota» el compás, el ritmo, los accidentes y las mudanzas de los antiquísimos bailes de la culta Grecia. ¿Será verdad tanta belleza? Indudablemente que no.

A mi juicio la música popular de baile y canto es hija del instinto y nacida, no cabe duda, en el seno del pueblo mismo, para satisfacer las necesidades artísticas que siente el sér humano, en todos los estados de civilización y cultura. Esta es una verdad inconcusa, incontrovertible.

La música de la «jota» se escribe en el compás denominado ternario, teniendo por lo general dos periodos musicales é instrumentales, en movimiento vivo y en extremo marcado, y otro, destinado al canto, en aire algo más pausado.

La «jota», cuyo *ambitus armónico*, gira únicamente sobre la tónica y dominante, (do y sol) se acompaña ordinariamente con guitarras y bandurrias, llevando además el ritmo del baile, las panderetas y las castañuelas.

En esa pieza musical, henchida de vida y movimiento, se halla pintado de un modo gráfico el carácter aragonés, que siempre humorado encuéntrase dispuesto á tañer la vihuela y á endilgar coplas que

«.....hacen reir
Y reir hasta rabiar,
Y de risa reventar
Y á risotadas morir.»

Y al hablar de la «jota» no puedo menos de citar el nombre del barbero Picavea (1808), hombre decidido, bonachón y alegre, que to-

das las tardes, cuando terminaba su tarea peluqueril, salía al umbral de su casa, y sentándose con la guitarra en ristre, sobre un tosco banco de madera, dirigía coplas irónicas y de fuego graneado al francés, á aquel francés que se había enriquecido comprando y vendiendo el rico vino aragonés.

En cuanto anoecía, los labradores que regresaban de sus rudas faenas, los menestrales y hasta los mozos y mozas de la vecindad, le rodeaban al buen barbero, y todos en coro cantaban las nuevas é intencionadas coplas que Picavea les enseñaba.

Mas entre todas, la que produjo mayor delirio, la que mayor entusiasmo despertó en los aragoneses, fué la que en medio de frenéticos vítores y aplausos, cantó el barbero la noche víspera del 15 de Junio de 1808, cuando ya los invasores aprestábanse á comenzar el ataque á la heroica ciudad.

Aquella memorable noche resonó, en la calle de San Pablo, cantada por multitud de músicos improvisados y con acompañamiento de la bien templada vihuela de Picavea, la hoy popular copla:

«La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa;
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.»

El vinatero francés, á pesar de tener jurada su fidelidad á Zaragoza, no pudo resistir más y huyó despavorido fuera de la ciudad, pidiendo amparo y protección á los soldados de Napoleón.

¡Lo que puede la jota aragonesa!

JUAN JOSÉ BELÁUSTEGUI.

